

LUCIANO G. EGIDO  
AGONIZAR EN SALAMANCA  
Unamuno, julio-diciembre de 1936

60  
TIEMPO  
DE MEMORIA  
TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Introducción . . . . .	13
Primera parte: Los hombres son animales de sangre caliente (Los hechos)	
Julio . . . . .	31
Agosto . . . . .	70
Septiembre. . . . .	101
Segunda parte: Por la boca muere el hombre (Las palabras)	
Octubre. . . . .	127
Noviembre. . . . .	179
Tercera parte: La lenta agonía de un hombre fuera de la Historia (La muerte)	
Diciembre . . . . .	225
Bibliografía . . . . .	295

## Introducción

El día 31 de diciembre de 1936 cayó en jueves y en Salamanca nevó. Por la tarde, poco antes del prematuro crepúsculo invernal, hacia las cinco de la tarde, murió un hombre viejo, que, a pesar de ser un tiempo de muchos muertos diarios, tuvo una muerte singular, como correspondía a la fama de su nombre y al acontecer de su vida. Porque aquel muerto, entre los cientos de muertos que aquel año murieron en la ciudad y entre los miles de muertos que aquel año murieron en el país, no era un muerto más; era un muerto que, después de una niñez anormalmente anclada en la dependencia materno-filial y traumatizada por el narcisismo y la envidia, se había pasado la vida, horrorizado por la nada, temiendo a la muerte y ansiosamente prendido de la idea de la inmortalidad. Los que le vieron en su lecho de cadáver recordarían intrigados la placidez de su rostro, como si sus músculos faciales se hubieran distendido finalmente ante la inminencia de la nada; a todos les sorprendería aquella inesperada serenidad después de una existencia atormentada y menesterosa, recomido de inaccesibles satisfacciones espirituales. Como si ya fuera inútil la encrespada violencia de su máscara, su voluntad de expresión se había relajado, en el último momento, y los huesos de la cara mantenían únicamente el armazón de una inerte memoria familiar, la vacía inanidad de una cosa.

Gutiérrez Solana, aquel mismo año, lo había pintado, febril y esclerótico, sobre un fondo oscuro, del que emergían los li-

bros amontonados y la verticalidad hirsuta de aquel viejo de setenta años, más ornitológico que nunca, con el pelo cano y erizado, como hebras electrificadas, prolongación de sus ideas, en el supuesto improbable de que aquel hombre hubiera tenido ideas alguna vez y no solamente pasiones desbandadas. «A don Miguel hay que pintarle con el pelo alborotado», contaba Solana. «Un día me vino muy peinado de la peluquería y le dije: “Así no es usted”. Y esa tarde no di una pincelada en su retrato.» Era un hombre del que la biografía interesaba tanto como su obra y su iconografía más que sus anécdotas. En el retrato de Solana, sus ojos de miope taladraban el cristal concéntrico de sus gafas de concha negra, y sus manos, óseas y robustas, se encorvaban entre la garra y el puño, entre el púgil y el águila, mientras el cuero, la madera y los clavos dorados del sillón frailuno y rectoral, sobre el que se asentaba su frágil esqueleto de anciano, eran ya reliquia de museo, antigüedad onerosa para la retórica del pasado. Y la pajarita de papel, blanca e identificativa, haciendo juego con el cuello de la camisa, la barba y la luminosa frente biselada del hombre, se posaba, ingrátida y decorativa, junto al negro de su vestimenta de clérigo protestante. El expresionismo solanesco apuraba todos sus recursos sobre aquella carátula, entre diabólica y fantasmal, a punto de estallar de agresividad y de patetismo.

Todo aquello se había terminado. Aquella roca de resistencia y de rebeldía se había varado en el silencio de una eternidad sin retorno. Aquella máquina de proferir gritos había enmudecido, contra su costumbre, cuando a su alrededor todo el mundo gritaba enloquecido, azuzado por el olor de la sangre reciente, enardecido por el vértigo ciego de la destrucción de la guerra civil. Uno de los testigos de su cadáver hablaría de su color «ceniciento por la sombra de la muerte», echando en falta sobre la piel última de su imagen definitiva las acostumbradas huellas del sol abierto de su gusto por el aire libre. Había perdido hasta el color, entre el rojo sanguíneo y el moreno

montañero, y la palidez lunar de su rostro presuponía la complicidad del sudario. Evidentemente, aquel hombre estaba muerto y no sé si decir que bien muerto, porque si la muerte siempre llega a destiempo, aquel hombre había muerto cuando debía morir, cuando probablemente estaba ya muerto, cuando la biología celular era su único débito con la vida. Carcasa humana, revestida de sí misma, la tranquila aceptación de la nada podría equivaler a un aliviado gesto de despedida, a la infantil premonición de un inmediato descanso apetecido o a la decrepitud moral que se resigna con un «ahí os quedáis», que oculta el desencanto y la frontera de una última desesperación no asumida.

Años antes, en 1929, durante su destierro en Hendaya, en el paisaje vasco de su infancia, recuperado felizmente por su memoria, Vázquez Díaz había dibujado su cabeza y después le había hecho un retrato al óleo, que conservaba, atenuadas por el color, las sugeridas líneas cubistas del dibujo original. Los rasgos étnicos de su rostro facilitaban la interpretación geométrica de sus espacios faciales, que se afirmaban en la nariz poderosa y en los pómulos excesivos, que mantenían el vigor de toda la arquitectura de su cara, subrayada también por la fuerza de las mandíbulas, que la rudeza de la barba, ya blanquecina, delataba y confirmaba con los pigmentos plomizos de su virutilla ornamental. Era un rostro duro e impresionante, que dominaba la oscuridad funcional del abrigo y de las ropas y hacía olvidar los suaves fondos azules verdosos, sobre los que la silueta compacta se destacaba. Las cejas en circunflejo y la mano al pecho interiorizaban una mirada pensativa y perpleja, que iba mucho más allá del libro que reposaba indiferente sobre sus rodillas, en el que se tendía la mano izquierda, dudosa y amorosamente. La extrañeza de la figura se aumentaba por un sombrero negro, de insólitas alas cortas, que coronaba la efigie reposada de un hombre ensimismado mientras mira hacia lo lejos, con los ojos bien abiertos, en un gesto serio, escudriñador y ligeramente irritado,